

# AMBITOS FUNERARIO Y DOMESTICO EN LA PREHISTORIA DEL NO. DE LA PENINSULA IBERICA

Ramón Fábregas Valcarce  
Marisa Ruiz-Gálvez Priego

RESUMEN: Monumentos funerarios de tipo tumular están documentados en gran número en Galicia y Norte de Portugal, entre fines del IVº y la primera mitad del IIº milenio ac. Aunque sus características cambiaron a lo largo del tiempo, ocuparon siempre un lugar visible en el paisaje. Por el contrario, los lugares de habitación, bien abrigos rocosos o asentamientos al aire libre, tuvieron un carácter efímero y nunca destacaron en el paisaje. Esa tendencia continuó hasta el Bronce Final, cuando comenzaron a emerger asentamientos fortificados y de carácter estratégico, al tiempo que los monumentos funerarios aparentemente desaparecieron por completo. Así, construcciones monumentales dedicadas a los vivos, habrían reemplazado a las anteriormente dedicadas a los muertos. Sin embargo, ello podría no ser una tendencia generalizada, pues en áreas interiores del NO. donde el hábitat permanente parece ser algo más tardío, o en regiones vecinas como Asturias, donde el “vacío habitacional” continúa incluso hasta la Conquista Romana, los monumentos funerarios tumulares podrían haberse prolongado más que en el resto.

ABSTRACT: Between the end of the 4th millennium bc and the first half of the 2nd, monumental burial mounds are recorded in vast numbers in Galicia and Northern Portugal: their characteristics change over time, but they occupy a conspicuous place in the landscape. By contrast, settlements have an ephemeral character: they include rock shelters and open air sites and were never a prominent feature of the landscape. This trend continues until the Later Bronze Age when we find the first use of fortifications and defensible locations. At the same time, funerary monuments may disappear altogether. It seems as if domestic monuments supersede monuments devoted to the dead. Anyway this might have not been a general trend, for in inner NW. areas where fortifications seem to appear later or even in neighboring regions such as Asturias where the “habitational vacuum” continues even until the Roman Conquest, monumental burial mounds could have lasted longer than elsewhere.

## 1. Introducción

Desde que a fines del siglo XIX dió comienzo la investigación sobre la Prehistoria de lo que se conoce como el Noroeste de la Península Ibérica —designando básicamente las regiones de Galicia y el Portugal al Norte del Duero— (Fig. 1), los esfuerzos de los arqueólogos se centraron casi obsesivamente en dos tipos de yacimientos: los castros y los túmulos (mámoas). La particular atención que se prestó —y se presta— a unos y otros responde a una obvia circunstancia: su carácter monumental, la presencia más o menos imponente en el paisaje. En cualquier otra faceta, sin embargo, castros y túmulos se presentan como entidades claramente diferenciadas: *funcionalmente* —poblados fortificados los primeros, construcciones funerarias los segundos—; *cronológicamente* —los castros adscritos tradicional-

mente a la Edad del Hierro mientras los túmulos arrancarían desde el Neolítico—; y, por último, *espacialmente*, pues mientras los túmulos se vinculan generalmente a zonas de monte, topográficamente más elevadas, los castros aparecen de forma preferente en relación con los terrenos de labradío, emplazados hacia los fondos de los valles.

Así pues, tenemos dos realidades monumentales de signo completamente antagónico en la Prehistoria reciente del Noroeste, de forma que cuando se erigen las construcciones tumulares, el espacio doméstico es prácticamente invisible, en tanto que cuando éste pasa a hacerse visible en el paisaje a través de los asentamientos fortificados, los monumentos de índole funeraria parecen estar ausentes. En este trabajo haremos un examen sintético de los espacios doméstico y funerario a lo largo del IVº-IIº milenios (en fechas convencionales),

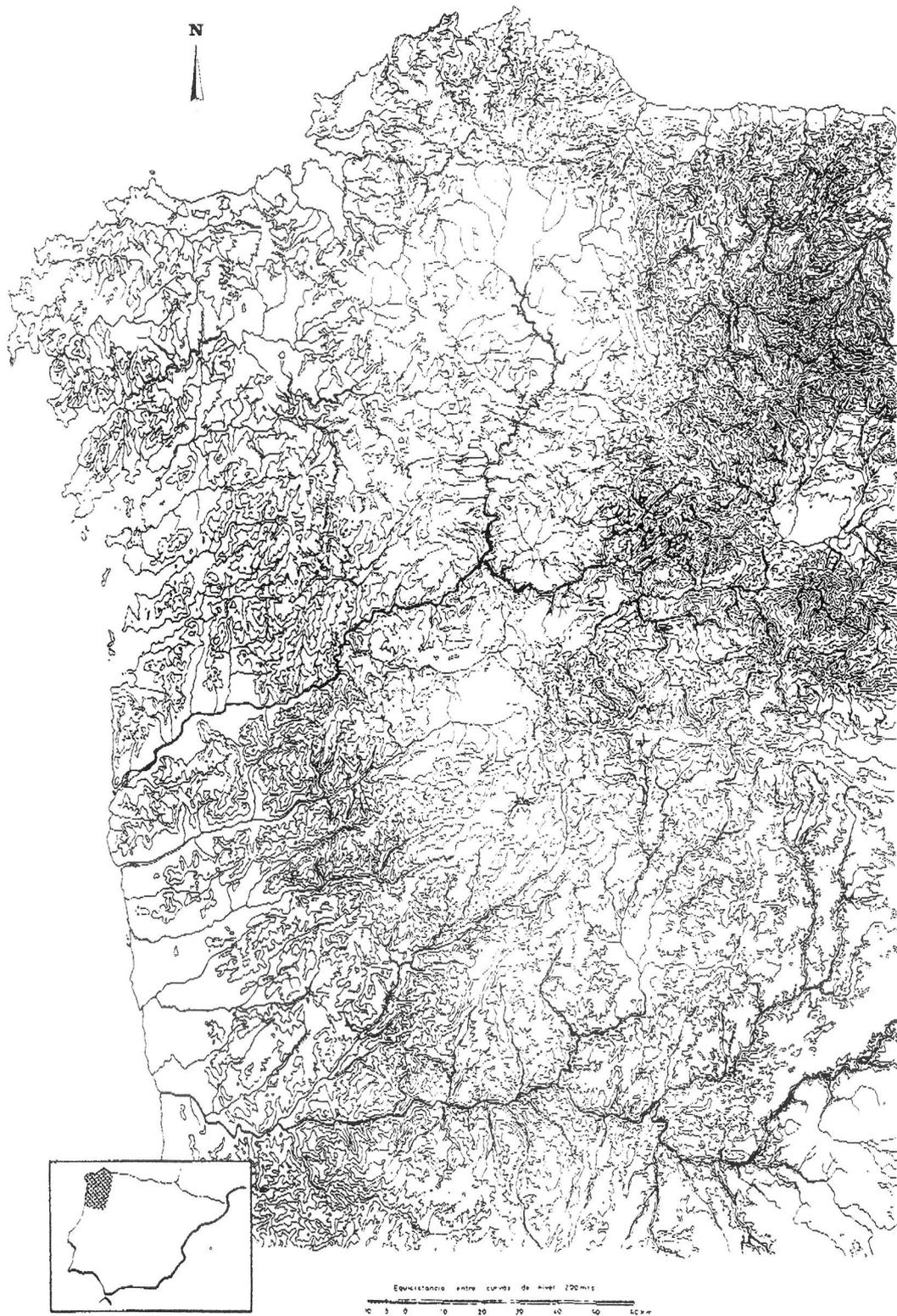


Figura 1. Mapa de la región estudiada.

intentando descifrar la dinámica socio-cultural que yace detrás de las opciones que en el plano monumental se plantearon las comunidades prehistóricas que habitan el Noroeste entre el Neolítico y el Bronce Final.

## 2. El fenómeno tumular

Los túmulos o mámoas del Noroeste han llamado la atención de los estudiosos desde los inicios mismos de la disciplina prehistórica en el Noroeste. Pero su presencia monumental en el paisaje ya había llamado la atención durante muchas generaciones, constituyendo un referente muy claro en el mundo campesino de época histórica. Las excavaciones llevadas a cabo tanto en Galicia como en el Norte de Portugal durante las dos últimas décadas han revelado la complejidad de un fenómeno sepulcral que sin alcanzar la grandiosidad del de otras zonas de la fachada atlántica, sobresale no obstante por la abundancia y variedad de sus manifestaciones. Su desarrollo se encajaba entre el último tercio del IV<sup>o</sup> milenio bc y los inicios del II<sup>o</sup>, extendiéndose por tanto, grosso modo, desde el Neolítico Medio al inicio de la Edad del Bronce (Fig. 2).

Aún cuando hay algunos rasgos que son muy comunes en estos yacimientos funerarios, como la existencia de algún tipo de construcción pétreo interna, el elemento que realmente aglutina a este fenómeno tumular, en modo alguno unitario desde el punto de vista cultural, es la voluntad de diversas comunidades de afirmar de forma visible su presencia a través de unas construcciones funerarias de tipo monumental, con un nítido designio de perdurabilidad. Mediante la elevación de los túmulos se reafirma el control sobre el entorno y la domesticación de un paisaje, recurriendo para ello a una serie de alternativas de ordenación espacial de distinto signo (Criado & Fábregas 1989; Criado y Fábregas A).

En un primer momento, hacia el último tercio del IV<sup>o</sup> milenio bc asistimos a la generalización en diversas áreas de túmulos de tierra revestidos con una coraza lítica y conteniendo un dolmen simple de pequeñas dimensiones (V. Jorge 1991; Fábregas 1991, 39). Los ajuares son escasos cuantitativamente y poco variados.

Posiblemente a principios del III milenio se asiste a un primer proceso de complicación en esta

clase de monumentos, ejemplificada en una mayor variedad de las estructuras constructivas internas: plantas alargadas, cámaras de mayores dimensiones, eventualmente decoradas con pinturas o grabados, sustitución de la estructura pétreo interior por un pozo (Châ de Santinhos 2) (V. Jorge 1985) e incluso (Pena Mosqueira 3) la aparición de un enterramiento individual dentro de un túmulo sin cámara, acompañado de un rico ajuar (Sanches 1987; 1989).

Algo antes de mediados del III milenio bc asistimos a un importante desarrollo de la arquitectura megalítica en diversos lugares del Noroeste, de forma más intensa en las zonas más próximas al litoral y en cotas más bajas que anteriormente, lo que no debe entenderse como un abandono de las serranías a media altura. Dentro de ciertas comunidades al menos, se constata un impulso hacia la construcción de sepulturas de corredor de una mayor monumentalidad (Châ de Parada 1, Dombate), no sólo en el plano arquitectónico, sino también por lo que se refiere a la riqueza y variedad en sus ajuares. En ocasiones estos sepulcros se dotan de "atrios" en frente del corredor, los cuales podrían haber jugado un papel en ceremonias de culto. Un buen ejemplo de este cambio hacia una mayor complejidad estructural lo tenemos dentro del mismo yacimiento de Dombate, que en un primer momento consta de una cámara simple alargada para, a mediados del III milenio, cubrir esta construcción con un gran túmulo que acoge una sepultura de corredor dotada de un pequeño atrio (Bello 1991; 1992). En este momento, a caballo entre el fin del Neolítico y los comienzos del Calcolítico, se hacen más patentes que antes las diferencias entre la dinámica sepulcral de unas y otras regiones del Noroeste, pues en algunas son escasos o están ausentes los grandes monumentos de corredor, mientras continúan en vigor los dólmenes simples u otras estructuras de tipo paramegalítico, en algún caso de tipo individual. Al lado de esta diferenciación regional se observa en la cultura material un flujo creciente de materiales exóticos (cerámicas, útiles líticos), de nuevo más importante en las áreas costeras. Estas tendencias han sido observadas para una época semejante en otras zonas de la Europa atlántica como el Sur de Inglaterra (Bradley 1991a).

El final del IIIer milenio bc y los dos primeros siglos del II<sup>o</sup> contemplan una acentuación en las pautas ya mencionadas de diferenciación regional e incremento de las redes de intercambio a través de

las cuales se distribuyen elementos tan característicos como el Campaniforme o los primeros artefactos metálicos. Mientras en algunas casos encontramos una reutilización de sepulturas de corredor precedentes, en otros se construyen túmulos, megalíticos o no, que revelan un cambio de tendencia en el aspecto arquitectónico: menor volumen y una visibilidad sobre el entorno de signo distinto (Criado & Fábregas 1989; Vaquero 1990), al tiempo que su utilización se hace más limitada o, sencillamente, individual.

Habitualmente, con esos últimos monumentos se daba por concluido hacia el 1800 bc el ciclo tumular en el Noroeste, coincidiendo de forma aproximada con la aparición de cistas rectangulares, excavadas en la tierra y conteniendo ricos ajuares metálicos situables en el Bronce Inicial. En años recientes, sin embargo, tenemos indicios de la persistencia de formas de enterramiento tumular más allá del límite mencionado: éstos consisten en una serie de dataciones radiocarbónicas obtenidas para enterramientos de tipo cairn, como Outeiro de Gregos 1 y 5 (Baião, Portugal) o para el túmulo sin cámara de Piedrafita V (Asturias) (fig. 3), las cuales indican la construcción de estos monumentos funerarios incluso en el Bronce Final (Jorge et al. 1988; Blas 1985). Si bien estas fechas no están exentas de problemas contextuales e interpretativos, tanto por sí mismas como por la completa ausencia de ajuares correlacionables, creemos que pueden indicar la perduración de formas monumentales de enterramiento, tal vez de una forma residual, en ciertas áreas del Noroeste. La aparición en algún túmulo de fosas secundarias conteniendo un vaso de ancho borde, tipo cerámico atribuible a una fase avanzada de la Edad del Bronce (Calo & Sierra 1983), probaría asimismo que estos monumentos todavía constituían un referente simbólico para las poblaciones de esos momentos.

### 3. Los asentamientos del IV<sup>o</sup> al II<sup>o</sup> Milenios.

Ha sido un lugar común en la arqueología del Noroeste la constatación de que las poblaciones más o menos coetáneas al fenómeno megalítico morían pero no vivían, a tenor de la escasez de las evidencias de tipo doméstico para ese momento. Esta generalización tiene algo de verdad, pues incluso en fechas recientes disponemos de pocos datos sobre el

asentamiento de esas gentes o de las inmediatamente anteriores. Ello es debido, carencias de la investigación al margen, a las peculiares características de nuestra zona de estudio, pues la escasa profundidad de muchos suelos, la erosión y el carácter singular de las ocupaciones con frecuencia no permiten hablar más que de “áreas de actividad” a veces relativamente extensas y que pueden tener una interpretación funcional ambigua.

Tenemos una constatación de la incidencia de una economía productora sobre el medio desde al menos el IV<sup>o</sup> milenio bc, documentada a través de la presencia en diversos análisis polínicos de polen de *Cerealia* así como de otras especies sinantrópicas (Vázquez 1988, 331). Por su parte, el análisis territorial efectuado en diversos lugares muestra que los túmulos se instalan preferentemente sobre áreas aplanadas de las sierras, con un bosque no muy denso y amplias praderas de gramíneas. Aquí los suelos son ligeros y bien drenados, permitiendo su laboreo con una tecnología de azada y recurriendo a la roza y quema, lo cual no es factible en los suelos más pesados —pero también más fértiles— de los valles (V. Jorge 1991, 207; Criado 1988, 80). Sin embargo, es muy posible que los constructores de los primeros túmulos no se limitasen a la explotación agrícola o ganadera de esas penillanuras, sino que los territorios de explotación preferencial se dispusiesen en sentido vertical, aprovechando las zonas más bajas para la caza y la recolección (V. Jorge 1989, 406).

La aplicación de análisis de captación a esos yacimientos funerarios es oportuno desde el momento en que tenemos buenos indicios de que los lugares de habitación estaban muy próximos a ellos, como indican los altos contenidos en fosfatos de suelos enterrados bajo los túmulos o la frecuente presencia en éstos de pesados molinos manuales ya amortizados y reutilizados como material de construcción (V. Jorge 1988, 8). Investigaciones recientes han confirmado esos indicios, con la aparición en las proximidades de los monumentos o incluso bajo ellos de artefactos líticos y cerámicos (éstos últimos decorados a menudo, en contraste con la casi exclusividad de las cerámicas lisas en los ajuares funerarios). En algún caso se encontraron además estructuras de finalidad doméstica como pavimentos de piedra o agujeros de poste (Cleto & Faro 1988; V. Jorge 1991, 207; González 1991, 150). Otros asentamientos al aire libre o en abrigos roco-

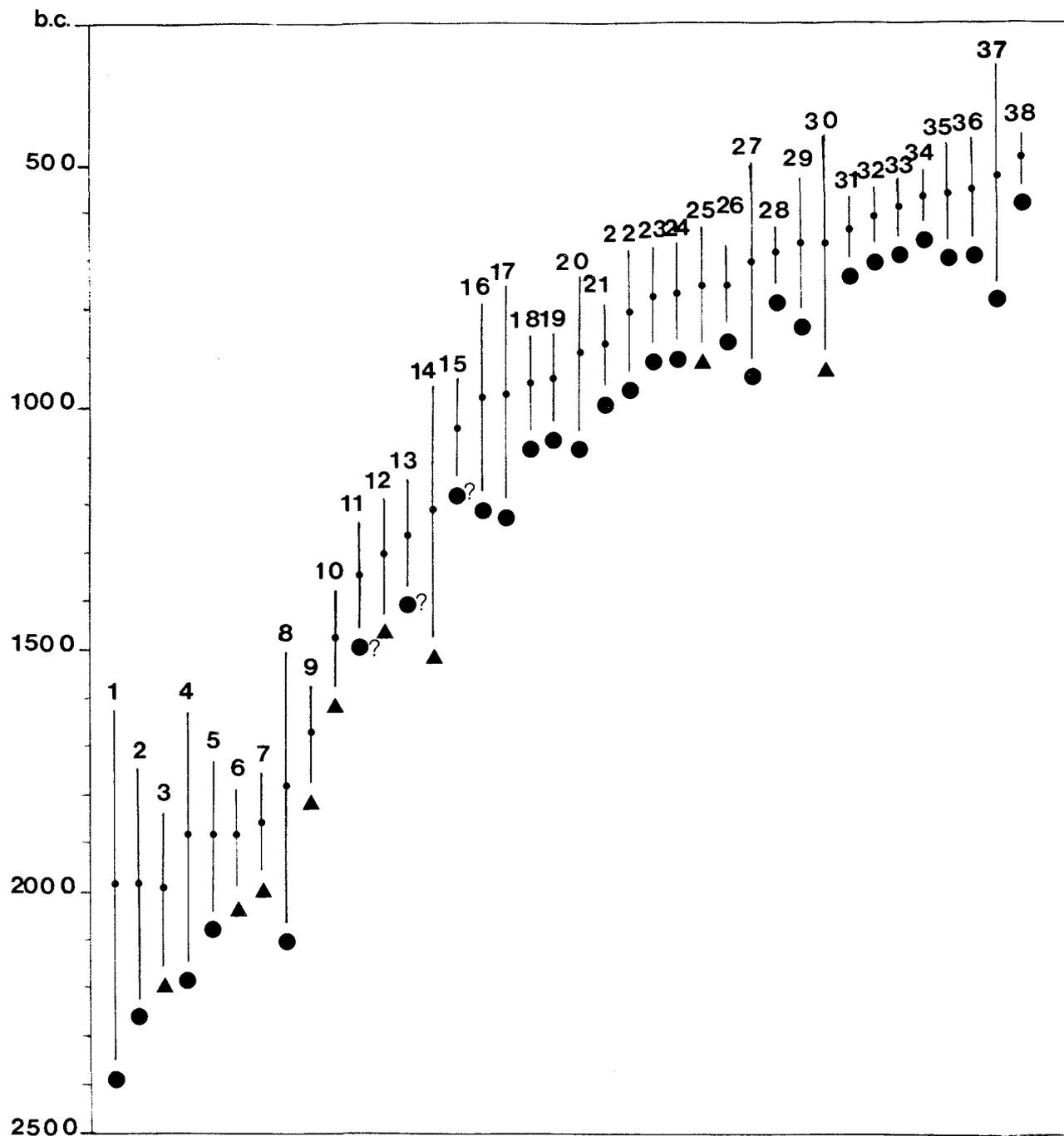


Figura 2. Dataciones radiocarbónicas no calibradas de sitios del IV/IIIer milenio: 1. Châ de Parada 4; 2. Furnas 2; 3. Meninas do Crasto 2; 4. Furnas 1; 5. Outeiro de Gregos 3; 6. Chan da Cruz; 7. Monte da Olbeira; 8 and 9. Mina do Simão; 10. Barrocal Alto; 11. Outeiro de Gregos 2; 12. Pena Mosqueira; 13. Châ de Santinhos 2; 14. Châ de Santinhos 1; 15. O Fixón; 16. Castelo de Aguiar; 17. Vinha da Soutilba; 18. Châ de Parada 1; 19. Buraco da Pala; 20. Barrocal Alto; 21. Vinha da Soutilba; 22. Os Campiños 6; 23. Châ de Parada 1; 24. Buraco da Pala; 25. Barrocal Alto; 26. Guidoiro Areoso. (los triángulos indican tumbas, los círculos, lugares de habitación. La oscilación de las fechas equivale a dos desviaciones estándar) (1-5, 7-9, 11, 13-14 and 18 según da Cruz 1988; 12, 19 and 24 según Sanches 1989; 10, 20 and 25 según Sanches 1992; 16-17 and 21 según S. Jorge 1985; 23 según Jorge 1989; 6 and 22 según Fábregas 1988; 15 según García-Lastra 1984; 26 según Rey 1991 y com. pers.).

sos de comienzos del IIIer milenio bc muestran similares características, sugiriendo un carácter poco permanente del asentamiento y una economía que combinaría la agricultura (¿y la ganadería?) con la recolección, así como el uso de materias primas de origen predominantemente local (Sanches 1990, 340; 1992, 152).

Durante la segunda mitad del IIIer milenio asistimos en el Noroeste a importantes mutaciones con respecto al asentamiento, aún sin alcanzar la profundidad de los cambios detectables en otras áreas peninsulares como el Sureste o la Extremadura portuguesa (fig. 2). Los yacimientos de tipo doméstico aumentan en número y en dimensiones y se les encuentra en una mayor variedad de nichos ecológicos, desde la misma orilla del mar a las penillanuras ya ocupadas con anterioridad. En ocasiones, los poblados se instalan en lugares prominentes desde los que se controlan zonas de valle de aprovechamiento agrícola intensivo. Las evidencias disponibles apoyan la presencia de una economía más desarrollada y diversificada que en la etapa anterior y un aumento demográfico correlativo que tal vez explicaría el impulso hacia zonas menos explotadas en etapas anteriores. Con todo es preciso resaltar los elementos de continuidad: permanencia en ciertos hábitats (Buraco da Pala, Barrocal Alto) (Sanches 1990 & 1992), de muchos elementos de la cultura material del Neolítico Final (cerámicas y objetos líticos) y de unas estructuras de habitación de poca entidad, realizadas en materiales perecederos y, por tanto, escasamente visibles sobre el entorno. No obstante esa falta de entidad a nivel arquitectónico es compensada en determinados poblados de la región de Chaves (N. de Portugal), con una extraordinaria complejidad en determinadas producciones domésticas como la cerámica, que presenta porcentajes de decoración altísimos (más del 80% en algún yacimiento) (S. Jorge, 1985, 6), algo desconocido en otros contextos habitacionales del Calcolítico peninsular.

Aunque los datos sobre las actividades económicas son todavía escasos, nos encontramos con que las poblaciones de la segunda mitad del IIIer milenio se han embarcado en un proceso de intensificación en la explotación del medio: aumento significativo de los hallazgos de restos de cereales (trigo o cebada), a veces con evidencias de almacenamiento, como en el abrigo de Buraco da Pala, donde además se localizó una leguminosa (*Vicia Faba L.*) impor-

tante ya sea como forraje o para la alimentación humana. Aunque las condiciones edáficas son muy desfavorables para la conservación de los huesos, se conocen restos de cerdo y ovicápridos en dos poblados (S. Jorge 1986, 1099). Creemos muy factible que algunos elementos de lo que se denomina **Revolución de los Productos Secundarios** (Sherratt 1981; Harrison 1985), puedan encontrarse en estos momentos, tales como el empleo hipotético de un arado ligero que permitiría la puesta en cultivo de algunas de las tierras bajas, pero también el uso, documentado arqueológicamente, de derivados de la leche como el queso o el desarrollo de los textiles (Sanches 1992, 93 and 152). Estas poblaciones se insertan en redes de intercambio que transpasan el ámbito meramente local, a través de las cuales se obtienen con mayor frecuencia que antes, materias primas escasas como el sílex o la variscita (Sanches 1989a, 450; S. Jorge 1986, 255) y, ya a fines del III milenio, elementos de prestigio como el cobre, el oro o la cerámica campaniforme. Los contactos extrarregionales, especialmente con el Calcolítico del Sur peninsular, se aprecian no sólo en el plano de los artefactos o las materias primas, sino también en los aspectos simbólicos, con la aparición del motivo oculado tanto en cerámicas como en la pintura esquemática de este momento, así como en ciertos tipos de ídolos (Fábregas 1991a; Sanches 1990). El panorama que acabamos de trazar a partir de la evidencia suministrada por los asentamientos de la segunda mitad del IIIer milenio encaja bien con unas comunidades más sedentarias que anteriormente, en las que probablemente se aprecian los primeros atisbos de una jerarquización interna, revelada por la aparición de elementos valiosos o de prestigio. Queda, junto a otras muchas lagunas, la cuestión de la relación entre estos poblados y los túmulos coetáneos, planteada por las diferencias en la cultura material de unos y otros, especialmente la cerámica que es decorada con mayor o menor frecuencia en los primeros y casi exclusivamente lisa en los segundos. Esto ha llevado a pensar que o bien esos dos tipos de yacimientos representan sociedades distintas con sus propias tradiciones, o bien esa divergencia es debida a causas estrictamente funcionales (S. Jorge 1986, 924). Por nuestra parte creemos más factible la segunda opción teniendo en cuenta que en los posibles hábitats sub-tumulares de fines del IVº milenio-inicios del IIIº bc se encontraban unas cerámicas decoradas que

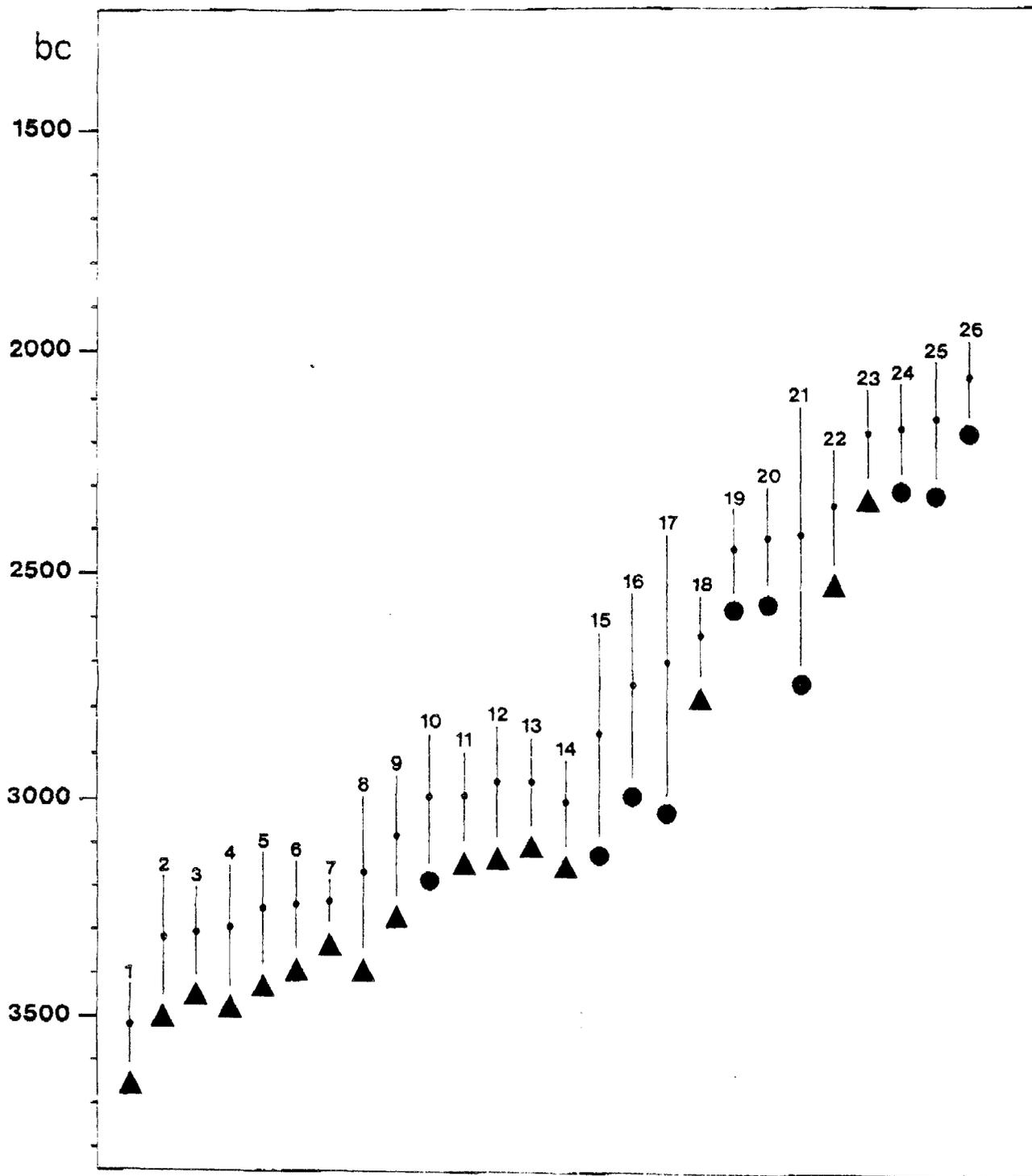


Figura 3. Dataciones radiocarbónicas no calibradas de sitios del II/er. milenio: 1. Castelo de Aguiar; 2. Lavapés II; 3. Chã de Parada 1; 4. O Fixón; 5. A Chán de Coiro; 6 and 7. Meninas do Crasto 4; 8. Castelo de Aguiar; 9 y 10. Outeiro de Gregos 1; 11. Tapado da Caldeira; 12. Outeiro de Gregos 5; 13. Tapado da Caldeira; 14. Piedrafita V; 15. Tapado da Caldeira; 16 and 17. Coto da Pena; 18 to 22. São Julião; 23 and 24. Bouça do Frade; 25. Cabritos 1; 26. São Julião; 27. Castro da Graña; 28. Torroso; 29. Castro da Graña; 30. Piedrafita V; 31 to 34. Torroso; 35. Penarrubia; 36. Castrovite; 37. Borneiro; 38. Torroso. 1,8,11,13,15 & 23-24 según S. Jorge 1985; 2 según Peña 1984c; 3,6,7,9,10 & 12 after V. Jorge et alii 1988; 4 & 5 según García-Lastra 1988; 14 & 30 según Blas 1985; 16-22,26-29, 31-38 según Fábregas & Carballo 1991; 25 según Cruz 1988. (los triángulos indican tumbas, los círculos lugares de habitación. La oscilación de las fechas equivale a dos desviaciones estándar)

estaban ausentes en las sepulturas. De esta forma, en el Calcolítico precampaniforme del Noroeste se mantendría la dicotomía funerario-monumental/doméstico-no monumental ya observada en el Neolítico Medio-Final, y que con la expansión del vaso campaniforme (presente tanto en contextos domésticos como funerarios) vuelve a ponerse una vez más de manifiesto.

#### 4. El mundo funerario entre el IIº y los inicios del Ier. Milenio bc.

La tendencia a la disminución de tamaño y a la pérdida de su papel destacado en el paisaje, apreciable en los túmulos durante las últimas etapas del Calcolítico se ve continuada en la transición de éste a la Edad del Bronce, con la aparición de enterramientos individuales en cista, algunos conteniendo ricos ajuares metálicos como armas y adornos en oro o plata, relacionables con el mundo campaniforme aunque ya sin esta típica cerámica (fig. 4).

Aunque concentradas en el ángulo noroccidental de la Península Ibérica, el fenómeno que estas ricas cistas de enterramiento individual representan no es único, sino que por el contrario se señala de forma semejante en la Meseta Norte (Delibes 1977), así como allende nuestras fronteras, en las sepulturas de Wessex I y la Primera Serie de Túmulos Armoricanos (Gerloff 1975; Briard 1984).

Sin descartar la posibilidad de que alguno de esos enterramientos pudieran atribuirse a mujeres o subadultos, los más ricos, conteniendo armas y joyas, son de indudable carácter masculino y cabe señalar que aunque raramente descubiertos durante excavaciones sistemáticas, parecen localizarse en tierras bajas, muy adecuadas para la agricultura. El propio hecho de que muchas de ellas (O Cubillón, Lugo; Chedeiro, Orense; Carnota, Taraio y A Insua, Coruña; Coitemil y Rodeiro, Pontevedra), hayan sido descubiertas en el curso de labores agrícolas, apuntaría en ése sentido.

Otro aspecto interesante de esas cistas es la presencia en algunas de ellas (A insúa, Coitemil, Rodeiro y quizá también Carnota) (Vázquez 1980a & b; 1985-86), de lajas decoradas (Fig. 4 nº 1a-b). Desgraciadamente, las azarasas condiciones de su descubrimiento impiden determinar su localización exacta dentro del sepulcro, si bien en un caso

al menos Idem Vázquez Varela (1985/86:94), los grabados se situaban en la parte interna —por tanto no visible— de la cista. Vázquez Varela (1980a: 37), señala la dicotomía entre los grabados de éstas cistas (zig-zags, triángulos enfrentados, reticulados... étc), cuyos motivos enraizarían con los del mundo funerario megalítico, y las representaciones de los petroglifos al aire libre, desconectados del mundo funerario. Sin embargo, en la cista nº 2 de Gandón (Pontevedra), que contenía un brazal de arquero y una punta Palmela (Peña 1985, 81 y com. pers. del autor), la losa de cubierta ostentaba en su cara externa cinco **cazoletas**. La laja parecía formar parte de un conjunto rupestre al aire libre, de la que habría sido desgajada, sin que sea posible afirmar si accidental o intencionadamente. Este no es un hecho aislado, pues fenómenos similares han sido recogidos en el Norte de Gran Bretaña, donde elementos del arte rupestre al aire libre han sido intencionadamente desgajados e incorporados boca abajo a la construcción de la tumba (Bradley 1992 y A). El fenómeno es sin embargo algo diferente aquí, pues son los motivos de raigambre megalítica, los que aparecen como en los túmulos, en el interior del enterramiento pero no así el fragmento de petroglifo desgajado que parece haber sido intencionadamente dispuesto para ser visto.

la excavación proporcionó además dos bases de molino que parecen estar relacionadas con un posible lugar de habitación —seguramente de carácter muy poco estable— en sus proximidades y que explicarían los menudos fragmentos cerámicos incorporados a la tierra de relleno de la tumba que procederían del presunto hábitat asociado.

La aparente introducción en el Noroeste desde mediados del III milenio bc de algunos elementos de la **Revolución de los productos Secundarios**, parece haber permitido la colonización de nuevos territorios y sostenido cierto incremento demográfico, como lo indican la ocupación de tierras más bajas y de suelos más pesados y el mayor número de lugares de habitación documentados, pero la escasa perdurabilidad de éstos - como en el caso del lugar de habitación asociado a las cistas de Gandón - así como la detección de prácticas de **tala y roza**, reflejarían una economía y modo de vida bastante itinerante, en el que la caza y la recolección aún jugarían un papel importante. Tal vez entonces, la incorporación de algunos elementos del arte rupestre

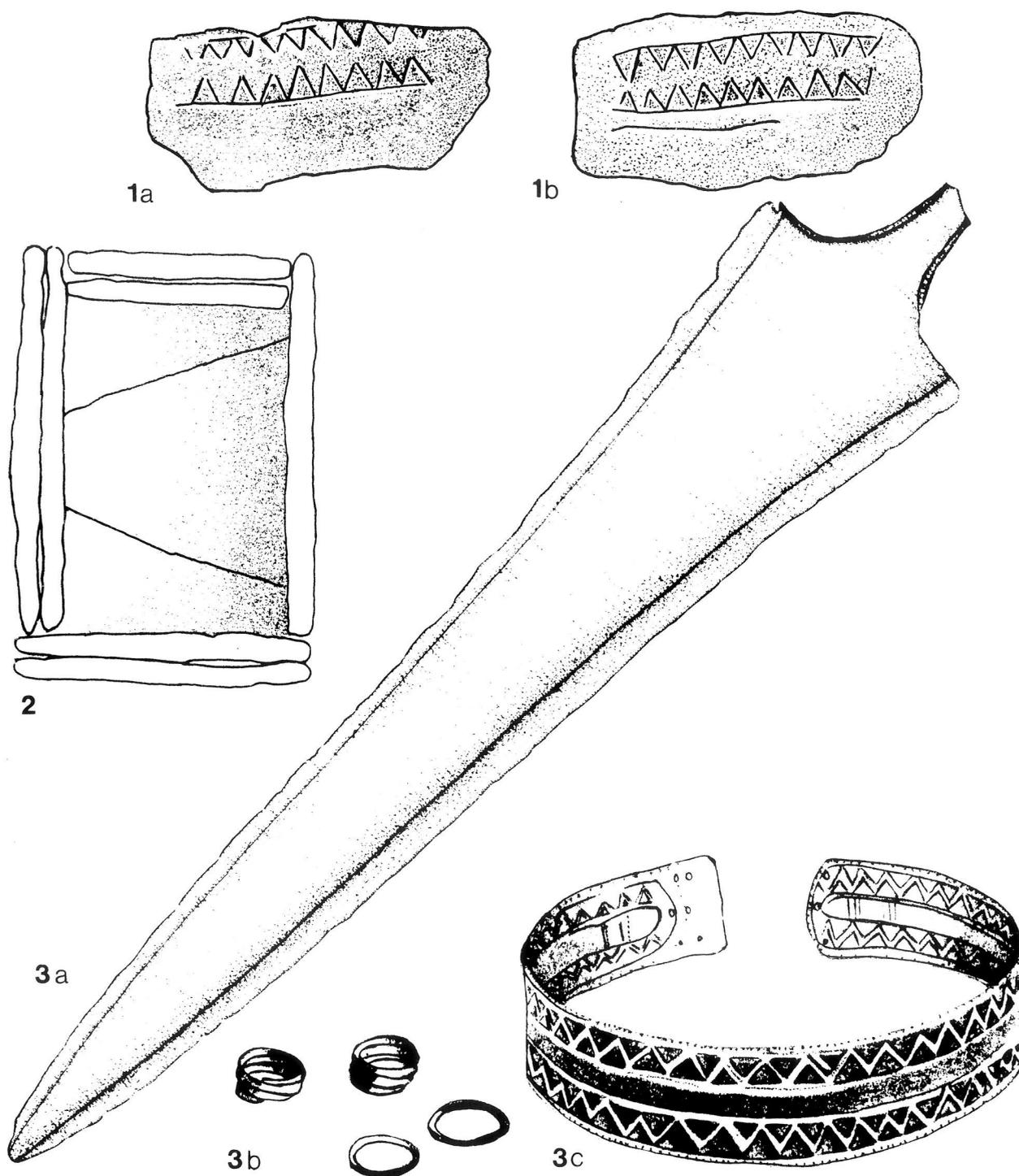


Figura 4. Cistas de inicios de la Edad del Bronce. 1 a-b, lajas decoradas de A Insúa (Galicia). 2, cista de Chedeiro (Galicia). 3, Ajuar de Quinta da Agua Branca (N. Portugal): a, diadema de oro; b, anillos de oro; c, puñal de cobre de superficie argentada, producto de una aleación intencionalmente enriquecida en arsénico. El mismo fenómeno se produce en los puñales del túmulo armoricano de Carnoët (Briard & Moben 1974). 1 & 2 según Vázquez 1980a; 3a & b según Hernando 1989; 3c según Ruíz-Gálvez.

tre al aire libre al mundo funerario en las zonas bajas, fuera un intento como en el caso británico (Bradley 1991), de incorporar ritualmente el paisaje de las tierras altas y sus recursos, por parte de una población que se desplaza periódicamente de una a otra zona. Su colocación visible exteriormente señalaría entonces, la importancia de aquellos recursos para las poblaciones del Bronce Antiguo/Medio y que éstas conciben todavía *también las tierras bajas*, en términos de paisaje (*landscape*) y no de tierra (*land*) como diría Bradley (1991:44-70).

Ninguno de los enterramientos en cista posee dataciones absolutas y apenas los paralelos de ciertos objetos con sus semejantes en Wessex o Armórica, permiten suponer para los del Noroeste unas fechas en torno a la transición al IIº milenio (en fechas convencionales), sin que podamos precisar si todavía perviven a mediados de éste. Las azarosas condiciones de su descubrimiento impiden igualmente toda interpretación desde un punto de vista social y aunque parece haberse tratado de inhumaciones, al menos en un caso (Gandón 1), está documentada la cremación de un individuo sin ajuar (Peña Santos com. per.), lo que podría apuntar hacia un tratamiento diferenciado del cadáver, de acuerdo con su edad y rango.

De forma paralela al empleo de las cistas, debieron continuar los enterramientos monumentales (Outeiro dos Gregos 1, Meninas do Crasto 4 y más dudosamente, Châ de Carvalhal 1) y tal vez marginalmente, en cuevas sepulcrales, aunque aquí la evidencia es menos clara (Sanches 1992).

A partir de mediados del IIº milenio bc, la información de tipo funerario se vuelve escasa. Salvo la posibilidad de que sepulturas monumentales sigan en uso, indicada por las polémicas fechas radiocarbónicas de ciertos túmulos sin cámara pétreo y carentes de ajuar (vide supra), lo que plantea una posible previvencia (¿en áreas marginales?) en momentos avanzados del IIº milenio, de una percepción del paisaje o de unas concepciones rituales de tradición antigua, no poseemos otros datos fehacientes de enterramientos, o los que poseemos son ambiguos. Como las fosas de Tapado da Caldeira, de polémica interpretación (S. Jorge 1980; 1981 & 1985b), o presuntas tumbas, fruto de excavaciones antiguas no demasiado fiables. Este último es el caso de supuestas inhumaciones en tumbas trapezoidales, de las que sólo en un caso (San Paio de Antas), se señala la presencia en su interior de un

cadáver (Ataide & Teixeira 1940; Soeiro 1988), si bien es cierto que los suelos ácidos del Noroeste no favorecen la conservación de restos óseos. Un segundo problema de estas supuestas tumbas es su ubicación cronológica, pues no contienen otro ajuar que "vasos de borde ancho horizontal", muy frecuentes en algunas zonas de Portugal y Galicia pero para los que el único contexto arqueológico y radiocarbónico seguro —Bouça do Frade— (S. Jorge 1988), indica el final de la Edad de Bronce, sin que sea posible determinar si pueden ser anteriores a tal momento.

### 5. Los asentamientos del IIº Milenio bc al final de la Edad del Bronce.

Al igual que con la evidencia funeraria, los datos habitacionales son relativamente abundantes en los momentos transicionales de la Edad del Cobre a la del Bronce, para hacerse paulatinamente más escasos y vagos posteriormente. A diferencia no obstante con aquella, a partir del Bronce Final la información habitacional es nuevamente abundante y refleja ahora, en contraste con la ambigüedad de los datos habitacionales de inicios de la Edad del Bronce, una firme presencia del hombre sobre la tierra que ocupa (Fig. 3).

Curiosamente, son más los criterios cronotipológicos que los socioeconómicos los que determinan la atribución o no de determinados lugares de habitación al Bronce Inicial, puesto que ningún cambio significativo en cuanto a economía, uso del medio, emplazamiento o duración del asentamiento, permite diferenciar los asentamientos de corta duración, base agricultora/recolectora itinerante y cerámicas incisas e impresas de mediados del III milenio bc, como O Regueiriño, A Fontenla y Lavapés I (Peña 1984a, b & c), de otros como Lavapés II, igualmente con endebles estructuras de ocupación, agricultura itinerante complementada por recolección y cerámicas decoradas de tipo Penha, que en asentamientos del Norte de Portugal está bien contextualizada en fechas de mediados del IIIer milenio bc (S Jorge 1986:625). Las evidencias de fundición de cobre "in situ" y sobre todo, una fecha problemática y con una amplia desviación estándar (1980±120 bc), son los únicos criterios que determinan la inserción de este asentamiento en el Bronce Inicial en lugar de en la Edad del Cobre.

Algo semejante se podría decir de habitats Campaniformes en Galicia como Fixón, Chan de Armada (Morrado, Pontevedra) (García-Lastra 1984; 1985-86; 1988), O Castro y O Cargadoiro (Santiago de Compostela) (V.V.A.A. 1987), Morcigueira o el abrigo de Os Pericos (Coruña) (Criado & Vázquez 1982), situados nuevamente por criterios cronotipológicos más que socioeconómicos, a inicios de la Edad del Bronce (Ramíl/Aira/Gonzalez/Criado 1990). Y otro tanto ocurre con algunos asentamientos del Norte de Portugal, donde son las fechas radiocarbónicas de comienzos del IIº milenio o la presencia de cerámica Campaniforme, quienes determinan su integración en la transición o los inicios de la Edad del Bronce, aunque poco los diferencie cultural y económicamente de asentamientos anteriores de la Edad del Cobre (Fig. 3).

Aproximadamente desde mediados del IIº milenio o quizás incluso algo antes, dejamos de tener información de lugares de habitación. Esta pauta se continúa hasta el Bronce Final, en fechas transicionales del IIº al Ier milenio bc. (Fig. 3). Incluso entonces, cuando los lugares de habitación vuelven a emerger tras un largo desvanecimiento, es perceptible una clara dualidad en el patrón de asentamiento humano:

Por un lado, sitios como Bouça do Frade o Lavra en el Norte de Portugal (S. Jorge 1988; Sanches 1988) o Portecelo, Chan do Carrís o Lamela en Galicia (Cano & Vázquez 1988; Peña A; García Alén 1968), reflejan la perduración de un mundo doméstico invisible y de patrones de vida móviles e itinerantes, en muchos casos complementados con recolección.

Por otro, castros como Coto da Pena, Baiões, São Julião o Barbudo en el Norte de Portugal (Silva 1986; Martins 1988 y 1989), o Torroso en el Sur de Galicia (Peña 1992), con edificaciones pétreas y potentes estratigrafías que reflejan la habitación continuada en muchos de ellos hasta la Romanización o incluso, la Edad Media y una concepción monumental y visible del espacio doméstico.

Bouça do Frade es por haber sido sistemáticamente excavado, el más conocido pero no el único caso de asentamiento abierto, sin apenas otras estructuras que fosas de almacenamiento y/o basurero, asociadas a estructuras prececederas de habitación que no han dejado huellas y con escasa o total ausencia de metal. Es cierto que la presencia en

algunos de ellos de grandes recipientes cerámicos, refleja prácticas, en parte al menos, agrarias, pero la inexistencia de estructuras de habitación señala a su vez movilidad e inestabilidad. Tres dataciones radiocarbónicas sitúan a Bouça de Frade en la primera mitad del s. VIII bc, por lo que conviviría en el tiempo —aunque no en el espacio— con castros claramente permanentes, de los que poseemos igualmente una serie de fechas que permiten situarlos a partir del s. X bc. (Fig. 3). Todos ellos comparten una serie de interesantísimas características: como 1º Su emplazamiento en cotas bajas, dominando por lo general buenos suelos agrícolas, frente a la localización en las altiplanicies en torno a los 700 m de sitios como Bouça de Frade o Lavra. 2º Cerca de o controlando importantes arterias de penetración y comunicación, como los ríos (Coto da Pena entre los ríos Homen y Cávado; Baiões, cerca del río Vouga; Torroso en el río Louro), o de importantes recursos, como vetas de estaño (Baiões y Coto da Pena). 3º En aquellos - pocos - de los que poseemos información económica, la recolección coexiste junto a una agricultura a veces diversificada (Coto da Pena, Baiões y Torroso). 4º presencia abundante de metal e incluso (Baiões, Coto da Pena, Torroso), de fundición “in situ”.

Entre ambos extremos cronológicos —los inicios del IIº y los inicios del Ier milenio bc—, queda un amplio hiatus cronológico (fig. 3), que somos incapaces de cubrir por falta de datos y porque, en ausencia de dataciones absolutas o de elementos metálicos sintomáticos, no sabemos reconocer aquellos elementos característicos como la cerámica. Por otra parte, es muy probable que este hiatus represente un aumento del grado de inestabilidad y movilidad de las poblaciones y por tanto, su incapacidad de conservar durante largos períodos la fertilidad de los suelos de cultivo. Si el mayor número de sitios conocidos, muchos en las tierras bajas, entre mediados del IIIº e inicios del IIº milenio parece reflejar ocupación de nuevas tierras y seguramente, aumento demográfico, la pobreza de datos ahora, probablemente señala un subsiguiente período de recesión.

Posiblemente a éste largo período de aparente vacío ocupacional, debamos asignar muchos de esos yacimientos de “fosas”, con cerámica o materiales arqueológicos poco significativos que —como es el caso de Bouça do Frade—, señalan ocupaciones inestables y que son frecuentes en el Sur de Galicia

y parte del Norte de Portugal. Este es el caso de O Casal (Pontevedra), (Calo & Sierra 1983; Peña en prensa), donde se excavaron varias fosas que contenían en su interior numerosas manos de moler, hachas pulimentadas, y cerámica lisa o de decoración incisa escasamente diagnóstica, conectadas seguramente con cabañas en materiales perecederos de las que no han quedado huellas. Lo mismo podría decirse de otros sitios similares y de difícil datación, posiblemente a veces, con varias ocupaciones diacrónicas como Monte Calvo (Huet 1981:73), o Tapado da Caldeira (Jorge 1981:167), en Portugal .

## 6. Conclusiones.

Richard Bradley ha formulado repetida y persuasivamente (1984; 1990; 1991; 1991a) la atractiva idea de la existencia de una relación inversa entre la evidencia funeraria y habitacional en Gran Bretaña, entre el Neolítico y el final de la Edad del Bronce. Así, mientras el paisaje aparece dominado por el mundo de los muertos durante gran parte del Neolítico y de la Edad del Bronce, en las fases finales de este último período la relación se invierte y los lugares de habitación se vuelven referencia preeminente de una tierra ahora permanentemente habitada.

Algo parecido aunque de forma tal vez más imprecisa por las propias condiciones de conservación del medio y por lagunas en la investigación, parece percibirse en el registro arqueológico del Noroeste de la Península Ibérica, donde hay dos momentos de cambiante relación mundo funerario/mundo habitacional, el primero más tenue, el segundo más evidente (Ruíz-Gálvez 1990; Idem A). Tendríamos por una parte, en palabras de Criado (1992), un paisaje monumental en el que se conjuga la invisibilidad del asentamiento con la monumentalización de la muerte representada por los túmulos. Por la otra, un paisaje fortificado, en el que se intensifica la interferencia por parte del hombre sobre el entorno y la socialización de este último, con unos asentamientos permanentes y defendidos, en tanto que las estructuras funerarias se hacen invisibles.

Estos dos momentos están asociados a sendos períodos de intensificación agraria: la transición

Calcolítico/Edad del Cobre (El Campaniforme), y la transición Bronce Final/Edad del Hierro (Ruíz-Gálvez 1990; Idem A). Ambos episodios no representan fenómenos aislados o exclusivos del Noroeste peninsular, sino que están en consonancia con procesos similares que están teniendo lugar en otros lugares de Europa Occidental.

El primer momento de intensificación agraria, a fines del IIIer milenio, parece vinculado a la llegada al Noroeste de algunos elementos de la **Revolución de los Productos Secundarios** (Sherratt 1981 & 1983; Criado & Fábregas 1989), entre ellos quizás el arado ligero que permitiría cultivar extensiones más amplias y suelos más pesados y soportar un aumento demográfico. Esto último sería consistente con el mayor número de asentamientos conocidos, aún sin ser permanentes y con la presencia de algunos de estos y de túmulos en las tierras bajas (fig. 5). Estas evidencias de intensificación agraria, aunque restringidas a algunas áreas, son también detectables en ciertas regiones de Gran Bretaña en la 2ª mitad del IIIer milenio bc, durante el "**Later Neolithic**" (Bradley 1984: 63-65), y coinciden también con datos de Bretaña (Briard 1986; 1987), que señalan indicios de posibles sistemas de parcelación ("**land enclosures**"), entre fines del Neolítico y los inicios de la Edad del Bronce. Asimismo, los análisis de los paleosuelos indicarían que la deforestación por tala y roza y el cultivo de cereales iniciados en el Neolítico, se acelerarían en la transición hacia la Edad del Bronce.

Esa intensificación agraria posibilitó los contactos a nivel regional y como señala Sherratt (1987), hizo de Europa un continente abierto en el sentido literal de deforestación y en el metafórico de nuevos y más amplios contactos, traducidos en la generalización en Europa Occidental de las mismas convenciones en armamento, bebida y adorno, uso de vajilla de oro y ricos ajuares asociados al varón. Con ello parecen relacionados los ajuares de ciertas cistas del Noroeste de la Península Ibérica y, sobre todo, los vasos, el peine y los lingotes en forma de brazalete de Caldas de Reyes (Pontevedra), (Ruíz-Gálvez 1978; Idem A), impresionante atesoramiento de materia prima preciada que hay que entender dentro de las redes de intercambio de objetos de prestigio entre élites, con las que llegó asimismo información, conocimiento y tecnología (Renfrew & Cherry 1986; Ruíz-Gálvez A).

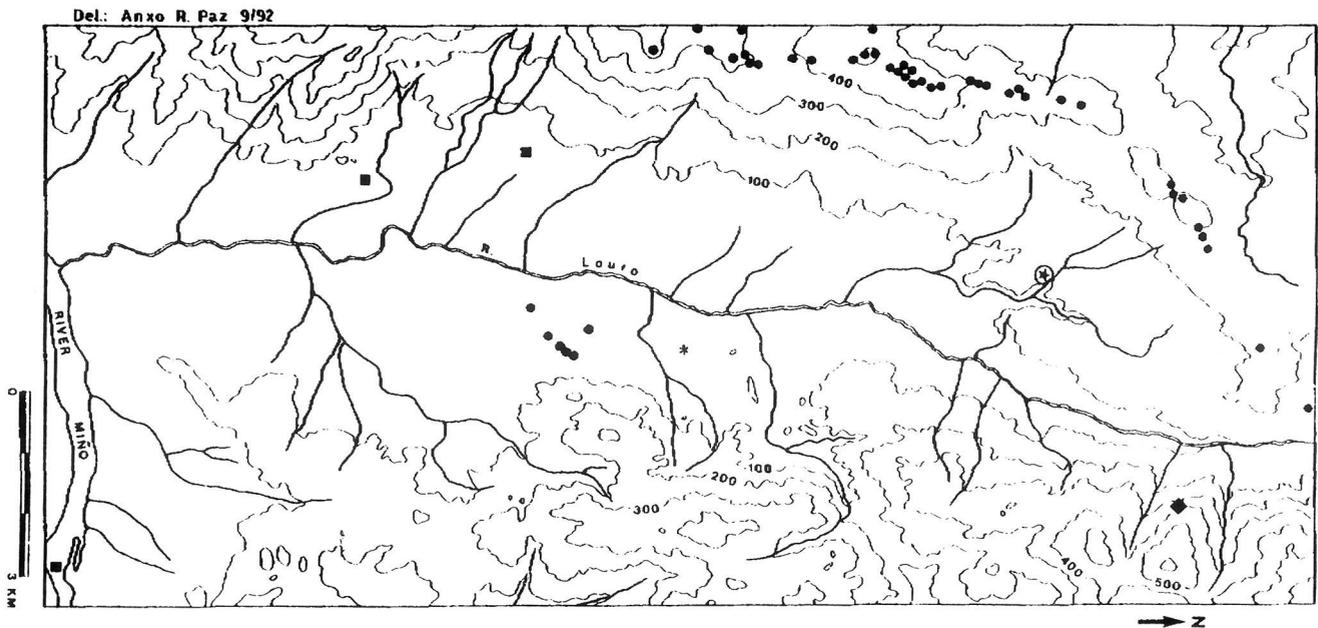


Figura 5. Mapa del valle de Louro (SO. de Galicia), mostrando la localización de diferentes tipos de sitios arqueológicos: círculos=mámoas, rombos=petroglifos, asterisco= cistas de la Edad del Bronce, cuadrados= depósitos o hallazgos aislados de hachas de talón, estrella=castro de la Edad del Hierro (según Peña 1992).

Sin embargo, este fenómeno no parece duradero y desde antes incluso de mediados del II<sup>o</sup> milenio bc, la información habitacional —y posiblemente también funeraria— se rarifica en el Noroeste de la Península y también fuera de ella. No es casualidad el que la última fase del Bronce Antiguo/Medio sea, no sólo en la Península Ibérica sino también en otras regiones atlánticas, un momento de difícil caracterización.

Es posible que la introducción de nueva tecnología agraria permitiera abrir nuevas tierras al cultivo, pero no necesariamente, mantener la fertilidad de los suelos y con ello, la estabilidad de las poblaciones sobre los suelos que cultivan (Ruíz-Gálvez 1990; idem A). Tal vez el hecho de que la relación hombre/medio siga estableciéndose en términos de paisaje (*landscape*) más que de tierra (*land*) en palabras de Bradley (1984; 1990; 1991; 1991a; 1991b), justificaría el mantenimiento del concepto de monumentalidad que el túmulo significa, hasta fechas avanzadas de la Edad del Bronce. A este patrón de movilidad respondería también la realización de arte rupestre al aire libre, vinculado a lugares de tránsito dentro del terreno o a determinadas cuencas húmedas, aptas para la caza o el control de los animales, dentro de una geografía de movilidad.

El segundo momento de intensificación agraria se produce ya de manera más decidida en el Bronce Final y transición hacia la Edad del Hierro, en la que el número de datos habitacionales aumenta espectacularmente en el Noroeste con la excepción de Asturias. Dos patrones claramente diferenciados emergen en este momento:

Por una parte, asentamientos inestables, de los que apenas si se conservan las fosas de almacenamiento y/o basurero asociadas a posibles chozas en material perecedero, al estilo de los hábitats del Bronce Final en la Meseta Norte española. En ellos además, el metal es raro o inexistente.

Por otra, los castros, cuyas estratigrafías y evidencias constructivas reflejan permanencia y estabilidad. En ellos el metal es corriente, con frecuentes evidencias de fundición “in situ” y armas y adornos metálicos responden a patrones de armamento, vestido, adorno y consumo de bebida comunitarios, nuevamente comunes a Europa Occidental y relacionados con la figura del varón y tal vez, con la aparición de sistemas patriarcales (Ruíz-Gálvez A). En aquellos —pocos— de los que poseemos datos paleoeconómicos, hay evidencias de la práctica de una economía agraria compleja, con empleo de varios tipos de cereales y leguminosas y ganadería diversificada (Carballo 1990; Penedo 1988).

Evidencia adicional del cambio de la relación existente entre el hombre y su medio y de esa tendencia a la permanencia y al control sobre la tierra, sería la aparición en esos momentos en el castro de Torroso, el cual posee hasta la fecha, las dataciones más antiguas de asentamiento permanente en Galicia (fig. 3), de bloques conteniendo petroglifos reaprovechados en la construcción del mismo (Peña 1992, 42), lo que señala la pérdida de significación de estas manifestaciones en unos momentos en los que el hombre percibe su entorno en términos de tierra (*land*), y ya no de paisaje (*landscape*) (Bradley 1984; 1990; 1991; 1992).

Nuevamente no se trataría de un fenómeno aislado, sino de un proceso general a casi toda Europa, relacionado con el avance de cierto tipo de cultígenos de Sur a Norte/Oeste y la generalización en Europa Occidental de las parcelaciones de tierras durante el Bronce Tardío/Final (Harding 1989; Barrett et al. 1991). Sin embargo, creemos percibir ciertas diferencias en el Noroeste respecto a otros ámbitos europeos, pues el proceso de emergencia de los castros como referencia visible de una población sedentaria y estable, no parece aquí consecuencia de un aumento demográfico previo, vistas las escasas evidencias habitacionales anteriores, sino más bien de un estímulo externo, si bien no haya que perder de vista posibles lagunas en la investigación. El que estos castros se sitúen controlando arterias de comunicación privilegiadas o materias primas importantes, así como las pruebas de refundición de chatarra y la presencia en ellos de objetos de prestigio, hablaría en tal sentido (Ruíz-Gálvez 1990; Sherratt en prensa). Es posiblemente también a través de esas redes de intercambio entre élites, como se transmite información y tecnología que facilitó una economía agraria más diversificada y capaz de mantener la fertilidad de los suelos mediante el abonado y/o uso de plantas nitrogenantes y con ello, asentamientos estables y permanentes. Es ahora el castro y no el túmulo, la referencia visible en el paisaje de la presencia humana (Ruíz-Gálvez 1990).

Este patrón no es no obstante general. Sitios como Bouça do Frade o Alto da Caldeira, reflejan la pervivencia de patrones de vida itinerantes en el propio Bronce Final. Tal vez con ellos y con todas las reservas que la ambigüedad de la información aconseja, habría que relacionar esas posibles tumbas trapezoidales del tipo de las de São Paio das Antas (vide supra).

En otras regiones como Asturias, el aparente vacío habitacional continúa hasta casi la llegada de los romanos. Tal vez por ello no sea casualidad que aquí, como en Cantabria o el Norte de León - donde se registran idénticos vacíos en el hábitat protohistórico hasta época tardía -, las referencias epigráficas y los cronistas romanos coincidan con la Arqueología, al señalar la importancia del trabajo femenino en el campo y la pervivencia de sistemas de parentesco matrilineales. Es también posible que en ellas, el túmulo como referencia de la presencia humana en el paisaje (*landscape*), haya podido perdurar más tiempo (Ruíz-Gálvez A)<sup>1</sup>.

## 7. Bibliografía

- ATAIDE, A. & TEIXEIRA, C., 1940. A necrópole e o esqueleto de São Paio de Antas e o problema dos vasos de largo bordo horizontal. *Actas 1er Congresso do Mundo Português*, vol. 1, pp. 669 and ff.
- BARRETT, J., BRADLEY, R. & GREEN, N., 1991. *Landscape, monuments and society. The Prehistory of Cranborne Chase*. Cambridge.
- BELLO DIEGUEZ, J.M., 1991. Monumento megalítico de Dombate, Arqueología-Informes, 2, pp. 21-27.
- BELLO DIEGUEZ, J.M., 1992. Grabados, pinturas e ídolos en Dombate. ¿Grupo de Viseu o grupo Noroccidental?. Aspectos taxonómicos y cronológicos, Seminário O Megalitismo no Centro de Portugal, Mangualde.
- BLAS CORTINA, M.A. de, 1985. Piedrafita V. Nuevos aspectos sobre el polimorfismo de las arquitecturas funerarias prehistóricas en el N-N.O. de la Península Ibérica. *Arqueologia*, 12, pp. 129-136.
- BRADLEY, R., 1984. *The social foundations of prehistoric Britain*. London.
- BRADLEY, R., 1990. *The passage of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge.
- BRADLEY, R., 1991. Rock art and the perception of Landscape. *Cambridge Archaeological Journal*, 1, pp. 77-101.

1. La parte redactada por M. Ruiz-Galvez se ha hecho dentro del proyecto POB90 262 DGCYT.

- BRADLEY, R., 1991a. The pattern of change in British Prehistory. En Th. Earle (ed.) *Chiefdoms: Power, economy and ideology*. Cambridge.
- BRADLEY, R., 1991b. Ritual, time and history. En J.A.J. Gowlett (ed): *Cronologies. World Archaeology* nº23,2. pp. 209-218.
- BRADLEY, R., 1992. Turning the world: rock carvings and the Archaeology of death. En N. Sharples & A. Sheridan (eds.) *Vessels for the ancestors*. Edinburgh.
- BRIARD, J., 1984. *Les tumulus de l'Armorique*. Paris.
- BRIARD, J., 1986. Paléoenvironnement de l'homme protohistorique de l'Ouest armoricain. *III Congrès National des Sociétés Savantes*. Poitiers.
- BRIARD, J., 1987. Wessex et Armorique, une révision. *Les relations entre le Continent et les Isles Britanniques à l'Age du Bronze*. Actes du Colloque de Lille, 22ème Congrès Préhistorique de la France, pp. 77-88.
- BRIARD, J. & MOHEN, J-P., 1974: Le tumulus de la Fôret de Carnoët à Quimperlé (Finistère). *Antiquités Nationales* nº 9, pp. 40-60.
- CALO F. & SIERRA, X.C., 1983. As orixenes do castrexo no Bronce Final. In G. Pereira (ed.) *:Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Santiago de Compostela, pp. 19-86.
- CANO PAN, J.A. & VAZQUEZ VARELA, J.M., 1988. Portecelo, un yacimiento de la Edad del Bronce. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 28, pp. 181-187.
- CARBALLO ARCEO, X., 1990. Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico. *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp. 161-199.
- CARBALLO ARCEO, X. & FABREGAS VALCARCE, R., 1991. Dataciones de Carbono 14 para castros del Noroeste peninsular. *Archivo Español de Arqueología*, 64, pp. 244-264.
- CLETO, J.A. & FARO, S., 1988. Escavação da mamoa de Igrejinhas, *Arqueologia*, 17, pp. 44-57.
- CRIADO BOADO, F., 1988. Arqueología del Paisaje y Espacio Megalítico en Galicia. *Arqueología Espacial*, 12, pp. 61-117.
- CRIADO BOADO, F., 1992. Espacio monumental y paisajes prehistóricos en Galicia. In (A.G.H. coord.) *Concepcións Espaciais e Estratexias Territoriais na Hª de Galicia*. Santiago de Compostela.
- CRIADO BOADO, F. & FABREGAS VALCARCE, R., 1989. The megalithic phenomenon of NW Spain: Main trends. *Antiquity*, 63, pp. 682-696.
- CRIADO BOADO, F. & FABREGAS VALCARCE, R., A. Regional patterning among the megaliths of Galicia (NW Spain). Artículo enviado *Oxford Journal of Archaeology*.
- CRIADO BOADO, F. & VAZQUEZ VARELA, J.M., 1982. *La cerámica campaniforme en Galicia*. Sada.
- CRIADO BOADO, F. (dir.), 1991. *Arqueología del paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*. *Arqueoloxía/Investigación* 6, Santiago de Compostela.
- CRUZ, D. DA, 1988. O megalitismo do Norte de Portugal. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XXVIII, fasc. 1-2, pp 15-49.
- DELIBES DE CASTRO, G., 1977. *La cerámica campaniforme en la Meseta Norte española*. *Studia Archaeologica*, 46. Valladolid.
- FABREGAS VALCARCE, R., 1988. Megalitismo de Galicia. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXVIII, fasc. 1-2, pp. 57-73.
- FABREGAS VALCARCE, R., 1991. *Megalitismo del Noroeste de la Península ibérica. tipología y secuencia de los materiales líticos*. Colección Aula Abierta, 58, Madrid.
- FABREGAS VALCARCE, R., 1991a. Stone figures in Passage-Graves of Galicia (NW Spain). XIIth International U.I.S.P.P. Congress, Bratislav (Czechoslovakia).
- GARCIA ALEN, A., 1968. Los brazaletes de Lamela (Silleda). *El Museo de Pontevedra* XXII, pp. 33-35.
- GARCIA-LASTRA MERINO, M., 1984. Primeros resultados de las campañas de excavaciones arqueológicas 1982, en el yacimiento de "O Fixón" (Hío, Cangas de Morrazo). *Pontevedra Arqueológica*, 1, pp. 113-144.
- GARCIA-LASTRA MERINO, M., 1985-86. El yacimiento de "Chan de Armada" (Vilaboa-Pontevedra). Resultados de la excavación arqueológica en 1983. *Pontevedra Arqueológica* 2, pp. 41-64.
- GARCIA-LASTRA MERINO, M., 1988. Aportación a la cronología campaniforme del Noroeste. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XXVIII, fasc. 1-2. pp. 175-179.
- GERLOFF, S., 1975. *The Early Bronze Age daggers in Great Britain and a reconsideration of the Wessex Culture*. *Prähistorische Bronzefunde*, Band VI.
- GONÇALVES, A. H. B., 1981. A estação pré-histórica de Monte Calvo-Baião. Noticia preliminar. *Arqueologia* 3, pp. 77-87.

- GONZALEZ MENDEZ, M., 1991. Yacimientos del III milenio A.C.: Entre la problemática del calcolítico y un pasado huidizo. En (F. Criado dir.) *Arqueología del paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales. Arqueoloxía/Investigación*, 6, págs. 147-172.
- HARDING, A., 1989. Interpreting the evidence for agricultural change in Late Bronze Age in Northern Europe. En H.A. Nordström & A. Knape (eds.) *Bronze Age Studies. Transactions of the British-Scandinavian Colloquium in Stockholm*. Stockholm Historiska Museum Studies, 5, pp. 173-181.
- HARRISON, R., 1985. The 'policultivo ganadero', or the Secondary Products Revolution in Spanish agriculture, 5000-1000 bc. *Proceedings of the Prehistoric Society*, nº 51, pp. 75-102.
- HERNANDO, A., 1989. Inicios de la orfebrería en la Península ibérica. *Revista de Arqueología Extra* nº 4, pp. 75-102.
- JORGE, S. O., 1980. A necrópole do Tapado da Caldeira-Baião. *Arqueologia*, 2, pp. 36-44.
- JORGE, S.O., 1981. Sondagens arqueológicas na estação do Alto da Caldeira. *Arqueologia*, 3, pp. 67-76.
- JORGE, S.O., 1985. Datas de carbono 14 para a Pré-História recente do Norte de Portugal: Os dados e os problemas. *Arqueologia*, 12, pp. 154-183.
- JORGE, S.O., 1985. Povoados da pré-histórica recente do Norte de Portugal (IIIº e começos do IIº milénios a.C.): Resultados e problemas das escavações dos últimos anos. *Revista da Faculdade de Letras* nº 2, pp. 297-306.
- JORGE, S.O., 1986. *Povoados da Pré-História recente da região de Chaves-Vila Pouca de Aguiar*. Porto, Instituto de Arqueologia.
- JORGE, S.O., 1988. *O povoado da Bouça do Frade (Baião), no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal*. Monografías Arqueológicas, 3. Porto.
- JORGE, V.O., 1985. Les tumulus de Châ de Santinhos, *Arqueologia* 12, pp. 98-129.
- JORGE, V.O., 1988. Campo arqueológico da Serra da Aboboreira. *Arqueologia do concelho de Baião. Resultados de 10 anos de trabalho*, *Arqueologia* 17, pp. 5-27.
- JORGE, V.O., 1989. Arqueologia social dos sepulcros megalíticos atlânticos: conhecimentos e perspectivas actuais, *Revista da Faculdade de Letras* 6, pp. 365-443.
- JORGE, V.O., 1991. Necrópole pré-histórica da Aboboreira (Distrito do Porto). Uma hipótese de diacronia. *Homenagem a Santos Júnior*. Lisboa, pp. 205-208.
- JORGE, V.O., ALONSO, F. & DELIBRIAS, G., 1988. Novas datas de Carbono 14 para mamoas da Serra da Aboboreira, *Arqueologia* 18, pp. 95-99.
- MARTINS, M., 1988. *A Citânia de São Julião, Vila Verde*. Cadernos de Arqueologia-Monografias, 2. Braga.
- MARTINS, M., 1989. *O Castro do Barbudo, Vila Verde*. Cadernos de Arqueologia-Monografias, 3. Braga.
- PENEDO ROMERO, R., 1988. Datos paleontológicos sobre la ganadería de la cultura castreña en Galicia. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XXVIII, fasc. 1-2, pp. 325-340.
- PEÑA SANTOS, A., 1984a. Sondeo estratigráfico en el yacimiento de "O Regueiriño" (Moaña). *Pontevedra Arqueológica* 1, pp. 85-90.
- PEÑA SANTOS, A., 1984b. Sondeo estratigráfico en el yacimiento de "A Fontenla" (Moaña). *Pontevedra Arqueológica* 1, pp. 91-98.
- PEÑA SANTOS, A., 1984c. Yacimiento de Lavapés (Cangas de Morrazo, Pontevedra). *Pontevedra Arqueológica* 1, pp. 149-178.
- PEÑA SANTOS, A., 1985. Las cistas de Gandón (Cangas de Morrazo, Pontevedra). *El Museo de Pontevedra* XXIX, pp. 79-94.
- PEÑA SANTOS, A., 1992. *Castro de Torroso, (Mós, Pontevedra)*. Arqueoloxía/Memorias, 11. Santiago de Compostela.
- PEÑA SANTOS, A., A. El primer milenio a.C. en el área gallega. Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la Arqueología. In M. Almagro et al. (eds.): *Paletnología de la Península Ibérica. Complutum* nº 2.
- RAMIL REGO, P., AIRA RODRIGUEZ, M.J., GONZALEZ MENDEZ, M. & CRIADO BOADO, F., 1990. Données paléobotaniques sur la présence des graines de brassicaceae au NO. de la Péninsule Ibérique. *Révue de Paléobiologie*, 9-2, pp. 263-272.
- RENFREW, C. & CHERRY, J. (eds.), 1986. *Peer polity interactions and socio-political change*. Cambridge.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M., 1978. El tesoro de Caldas de Reyes. *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 173-192.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M., 1990. Canciones del Muchacho viajero. *Veleia* nº 7, pp. 79-103.

- Versión inglesa de 1991. Songs of a wayfaring lad. Late Bronze Age atlantic exchange and the building of the regional identity in the West Iberian Peninsula. *Oxford Journal of Archaeology*, 10,3, pp. 277-306.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M., A. La novia vendida. Agricultura, herencia y orfebrería en la Protohistoria de la Península Ibérica. *SPAL*. nº1 en prensa. Versión inglesa enviada a *Journal of European Archaeology*, The bartered bride. Goldwork, inheritance and agriculture in the Later Prehistory of the Iberian Peninsula.
- SANCHES, M. J., 1981. Recipientes cerâmicos da Pré-historia recente do Norte de Portugal. *Arqueologia* nº3, pp.88-98.
- SANCHES, M. de J., 1987. A mamoa 3 de Pena Mosqueira, *Arqueologia* nº 15, pp. 94-115.
- SANCHES, M. de J., 1988. O povoado da Lavra (Marco de Canaveses). *Arqueologia* 18, pp. 125-134.
- SANCHES, M. de J., 1989. Cinco datas de C14 para a Pré-história recente do Leste de Tras-os-Montes, *Arqueologia* 19, pp. 113-114.
- SANCHES, M. de J., 1989a. Breve síntese do povoamento pré-histórico no planalto mirandês. *Revista da Faculdade de Letras* nº 6, pp. 445-453.
- SANCHES, M. de J., 1990. Os abrigos com pintura esquemática das Serra de Passos-Mirandela, no conjunto da arte rupestre desta região. Algumas reflexões. *Revista da Faculdade de Letras* 7, pp. 335-365.
- SANCHES, M. de J., 1992. *Pré-historia recente no planalto mirandês (Leste de Tras-os-Montes)*. Monografías Arqueológicas, 3. Porto.
- SHERRATT, A., 1981. Plough and Pastoralism: aspects of the Secondary Products Revolution. In I. Hodder, G. Isaac & N Hammond (eds.), *Patterns in the Past*. Cambridge University Press, pp. 261-305.
- SHERRATT, A., 1983. The secondary exploitation of animals in the Old World. *World Archaeology*, 15, pp. 90-104.
- SHERRATT, A., 1987. Cup that cheered. In W. Waldren & R. Kennard (eds.) *Bell Beakers of the Western Mediterranean*. B.A.R. I.S. 331 (1), pp. 81-114.
- SHERRATT, A., A. Core, periphery and margin: perspectives on the Bronze Age. (en prensa).
- SILVA, A.C.F. da, 1986. *A cultura castreja no Noroeste português*. Paços de Ferreira.
- SOEIRO, T., 1988. A propósito de quatro necrópoles protohistóricas do concelho de Esposende. *Actas do Coloquio Manuel Buenaventura*, pp. 35-47.
- VAQUERO LASTRES, J., 1990. Ríos y tumbas. Sobre el emplazamiento de túmulos en el NW Peninsular. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*. XXX, fasc. 1-2. pp. 151-168.
- V.V.A.A., 1987. *Catalogación de yacimientos prerromanos del ayuntamiento de Santiago*. Xunta de Galicia. Arqueoloxía/investigación 3.
- VAZQUEZ VARELA, J.M., 1980a. Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en Galicia. *Pontevedra*, 0, pp. 23-40.
- VAZQUEZ VARELA, J.M., 1980b. Cistas decoradas en Galicia: Una nueva manifestación artística de la Edad del Bronce. *Brigantium*, 1, pp. 41-48.
- VAZQUEZ VARELA, J.M., 1985/86. Nueva cista decorada del Bronce Inicial de Galicia. *Pontevedra Arqueológica*, 2, pp. 91-96.
- VAZQUEZ VARELA, J.M., 1988. El Neolítico en Galicia. In P. López (ed.) *El Neolítico en España*. Madrid, pp. 329-335.